

La lengua latina, hasta entonces severa en su sobria elegancia, hubo de sobrecargarse poniéndose inflada y hueca. El énfasis oriental que desde larga fecha, de dos siglos atrás, desfiguraba y corrompía el bellissimo idioma de Platón y de Demóstenes, obrará muy luego con su dañosa influencia en el habla de Cicerón y de Virgilio. Las palabras ordinarias no bastan ya: los senadores toman ó reciben de buen grado la calificación de *gloriosísimos* (1); los miembros del orden ecuestre son los *ilustres*, y su servicio en el ejército se llama *espléndida milicia*.

Muy luego, con los progresos del servilismo, todo ven-



Romano, de toga (2)

drá á ser «divino y sagrado» hasta en el palacio de los inmundos Césares. Algunos se ríen de esto; Augusto mismo oye al favorito de Mecenas burlarse de las clasificaciones que establece la fortuna, no el mérito. Pero los romanos las aceptan y el hábito de los superlativos exagerados pasó á sus descendientes: desde los Alpes hasta el canal de Malta ha reinado mucho tiempo la *Eccellenza*.

II. — MEDIOS EMPLEADOS PARA ASEGURAR EL ORDEN Y EL BIENESTAR

En aquel pueblo tan bien clasificado exteriormente, faltaba aún trigo para alimentarlo, juegos para distraerlo, y

(1) *Clarissimus*. Se encuentra ya este título empleado en tiempo de Claudio. Dábase igualmente á las mujeres y á los hijos de los senadores (Orelli, núm. 3115; Renier, *Inscr. d'Alg.* 1825, 1827, etc.).

(2) Este romano es Balbo de Herculano, cuyas estatuas con las de toda su familia adornaban el teatro de esta ciudad. Ahora están en el museo de Nápoles.

una policía activa para velar en su puesto contra el Tíber y los bandidos, contra el fuego y la peste, contra todas las plagas á que daba libre paso su abandono. Augusto se guardó de desatender estas exigencias. Sabía que debía dar pan, si quería asegurar el orden: así su gran negocio, su mayor solicitud, después de la consolidación de su poder, fué garantizar los medios de subsistencia á la inmensa población que llenaba la ciudad. Bien hubiera querido dispensarse de este cuidado y enviar á la labor de los campos á aquella multitud incómoda y ociosa; pero las distribuciones eran un legado de la república y ya hemos visto que se enlazó á esto la idea de un derecho, que los Gracos y hasta Catón habían reconocido y César respetó.

Augusto hizo de las *frumentaciones* una institución imperial, bajo la dirección del prefecto de la anona, que juzgó todas las causas, civiles y criminales, relativas al tráfico de granos. Al principio, todos, ricos y pobres, fueron admitidos á gozar una ventaja por todos conquistada. Más tarde fueron excluidos los senadores y los caballeros. Augusto formó el cánón frumentario que determinó la cantidad de trigo que debían suministrar las provincias para la provisión del palacio, de los soldados y de los ciudadanos establecidos en Roma (*annona militaris* y *annona civilis*); y por otra parte fijó el número de los participantes: doscientos mil para una población que pasaba sin duda de millón y medio de almas (3); los no participantes tuvieron que esperar á que la muerte produjera vacantes en las listas de inscripción. La anona no fué ya entonces más que un socorro concedido á los menesterosos y á todos aquellos que sin estar necesitados no estaban tampoco desahogados. Lo que la anona daba, 42 litros de trigo al mes, es decir apenas la ración señalada al esclavo ó al preso, no bastaba para mantener á una familia (4). Como esta asistencia no dispensaba á los que la recibían de buscar otros recursos, no hay razón para decir que gracias á la anona, vivía sin hacer nada todo un pueblo.

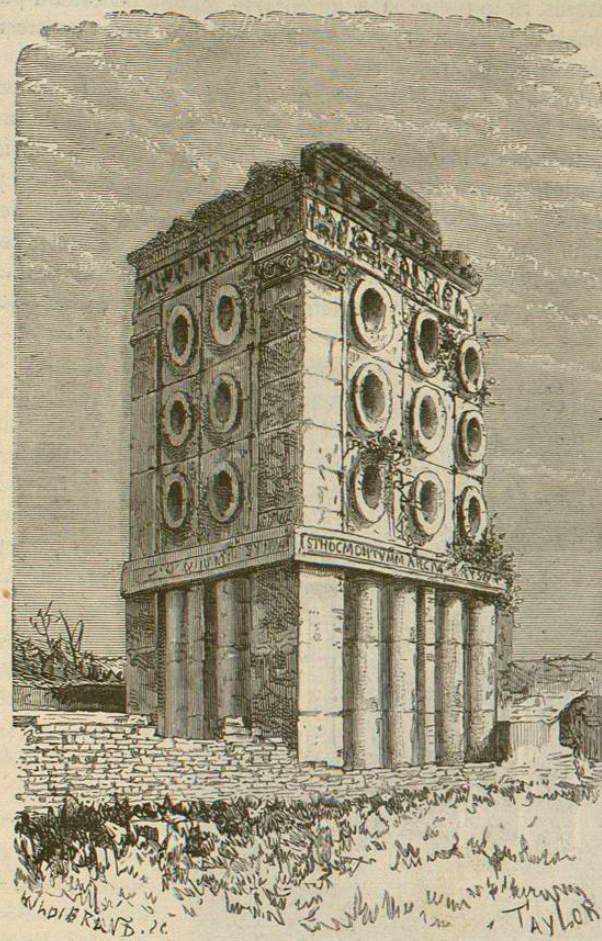
Este trigo no costaba nada al Estado, puesto que lo suministraban las provincias frumentarias, que debían poner sus granos en los puertos de embarque, desde donde los trasportaban á Roma los navíos de las ciudades marítimas; de manera que el tesoro no tenía que pagar los gastos de almacenaje y conservación en los graneros de la ciudad. Si se dijera que el impuesto en especie era una disminución, para las provincias frumentarias, de su impuesto en dinero, que sin él se habría aumentado con la suma representada por el trigo suministrado, sería preciso convenir en que tales distribuciones causaban al Estado un gasto anual de 45 francos por individuo, ó 9 millones de francos por la totalidad.

Con toda razón hacemos nosotros lo mismo en mejores formas y en proporciones mayores. En París, en 1876, los establecimientos de beneficencia socorrieron á 114,000 personas, que recibieron por término medio cada una 51 francos, 11 céntimos; y otros 180,000 ciudadanos, es decir un número casi igual al de los inscritos en la anona, con un alquiler inferior á 400 francos, fueron dispensa-

(3) El año 5 de nuestra era, se dió una gratificación de 60 denarios por cabeza á 320,000 hombres de la plebe. Muchos plebeyos quedaban fuera de estas distribuciones.

(4) El modio valía 8 lit. 67, 5 *modii* = 43 lit. 35, que daban unos 42 kilogramos de pan: por la imperfección de los procedimientos de panificación, apenas daba el trigo su peso de pan (Plinio, *Hist. nat.* XVIII, 120), mientras entre nosotros, 100 kilogramos de harina dan á lo menos 130 de pan. Ahora bien, con 42 iklog. de pan no podía mantenerse una familia y Dion dice muy bien (LV, 26): Ω; δὲ οὐδὲ ἐξίτηο οὐσίαν ἐξήρασαν.

dos de pagar la cuota personal, que la ciudad pagó por ellos, sin que en París, más que en Roma, se hubiera tomado en consideración la moralidad de los individuos. La asistencia oficial cuesta en nuestra metrópoli tres veces



Sepulcro del panadero Eurisaces (1)

más que costaba en la capital del imperio; pero lo que entre nosotros tiene un bello nombre, Caridad, se llama Corrupción, cuando se trata de Roma.

En tiempos de hambre, doblaba Augusto la ración; y con frecuencia dió al pueblo gratas sorpresas. En su 11.º consulado, le dió doce veces trigo adquirido á sus expensas; y á cada acontecimiento importante de su vida, hizo distribuciones de dinero, que llegaron hasta á 400 sesteracios por individuo, y cuyo total asciende á 133 millones de francos. Sus edictos habían prohibido á los candidatos repartir dinero en las tribus; de lo cual se concluye que se había reservado el derecho de comprar todo el pueblo romano. En este caso hay que confesar que el pueblo romano no se vendía caro; á menos de 12 francos por cabeza al año (2). Un día, después del espectáculo de gladiadores, abandonó al que les había hecho el obsequio, el privilegio de elegir exclusivamente todos los años uno de los pretores. Era ya más que el derecho de primogenitura vendido por un plato de lentejas.

(1) Encontrado en 1838 en la demolición de una torre de Roma, con una inscripción que parece ser del tiempo de Augusto. El sepulcro está hecho con anasaderas viejas (Orelli, núm. 7267, y *Anales del Inst. arqueol.* 1838, p. 231).

(2) Según el *Monum. de Ancira*, núm. 15, distribuyó en dinero constante á los habitantes de Roma, 575 millones de sesteracios y 31.200,000 denarios, ó sean 500 millones de sesteracios, que dan una suma de 125 millones de francos. El término medio de los participantes era de unos 250,000: era pues una cantidad de 500 francos recibida por cada ciudadano en 44 años, ó sea menos de 12 francos anuales.

¡Cuántas declamaciones se ahorrarían si se conocieran mejor las costumbres de la sociedad antigua, en que estas liberalidades de uso general eran un honor para quien las daba, no menos que para quien las recibía! En otro tiempo el patrono estaba obligado á asegurar á su cliente un pedazo de tierra; hoy le asegura un pedazo de pan, la *sportula*. Todas las mañanas iba el pobre á la puerta de un noble ó casa rica á alargar la cesta y la mano: en la una el esclavo repartidor dejaba caer desdeñosamente los restos del festín, y en la otra alguna moneda ínfima. Augusto, hecho ya patrono universal, debía la *sportula* al pueblo romano y se la dió.

En esta sociedad tenían también los ricos su cargo de divertir á los pobres: los nobles no lo desatendieron y Augusto, por su parte, hizo lo que ellos. Los espectáculos eran de dos clases, á saber: los llamados *ludi*, ó representaciones escénicas, y carreras en el Circo, que se sucedían en días fijos; y los *munera*, combates de gladiadores ó de fieras. Augusto reguló su número y sus gastos para los que daban los magistrados y los particulares; pero él mismo dió muchos por su cuenta. «He hecho combatir, dice en su testamento, diez mil gladiadores en la arena, y cazar tres mil quinientos animales bravos.» En una de estas cazas se degollaron doscientos sesenta leones. Otra vez hizo abrir un amplio canal á lo largo del Tíber, y treinta galerías de



Augusto coronado de espigas (3)

tres ó cuatro órdenes de remos, con mayor número de navíos de menos porte, divididos en dos escuadras y montados por tres mil hombres, sin contar los marineros, dieron á la multitud el simulacro de un combate naval.

(3) Como miembro del colegio ó asociación de los hermanos Arvales, y en recuerdo de su solicitud en asegurar la subsistencia del pueblo (Vaticano, museo Pio-Clementino, sala de Bustos, núm. 281).

Tratando al pueblo como á un niño grande á quien á toda costa era preciso divertir, hacía que se le enviaran curiosidades de todos los puntos del imperio, como por ejemplo, un rinoceronte, una serpiente de cincuenta codos, un tigre monstruoso, etc. De una vez le enviaron de Egipto treinta y seis cocodrilos, para los cuales hizo un lago del circo flaminio. «Aun cuando no fuera día de fiesta, dice su biógrafo, si le llegaba alguna cosa que no se hubiera visto aún en Roma, la hacía pasear al instante por todos los puntos de la ciudad.»

Durante la edilidad de Agripa, el año 38, hubieron de durar los juegos por espacio de dos meses completos; y Varrón exclama: «En Roma, la vida no es más que una francachela de todos los días.»

El pueblo no sufría que se despreciaran sus placeres; que-



Panteón de Agripa

tonio, todos, sin excepción, todos los que consagraban su industria á los espectáculos públicos, le parecían dignos de su atención. Aumentó los privilegios de los atletas y revocó la antigua ley que ponía á los comediantes, fuera del teatro, en estrecha dependencia de la autoridad.»

Tenía otra manera de halagar á la multitud. Los hombres ardientes del mediodía son todos artistas y poetas. Privados de lo necesario, piden fiestas, y con tal de que sea bella su ciudad, ni siquiera echan de ver que sus casas son inhabitables. Y es que estas casucas no son sus habitaciones. En esos hermosos climas en que el cielo da á la tierra días tan puros y noches tan dulces, viven *sub dió*, al raso, á cielo abierto, y los pórticos, los templos, los arcos de triunfo, las estatuas, todo esto les pertenece, porque lo gozan incesantemente.

Augusto cedió en esto como en lo demás. César le había dado el ejemplo y él continuó sus grandes obras. Para sí se construyó en el Palatino una casa, que comenzó aquella serie de palacios con que los emperadores cubrieron la colina real, y pues se estaba aun en república, á lo menos se decía así, obligó á sus amigos y á los principales senadores á seguir los usos republicanos, ayudándole con sus riquezas á embellecer la ciudad. El Campo de Marte, á cuyo alrededor se agruparon la mayor parte de estas cons-

(1) Suetonio, *Octav.* 45.

trucciones, formó una nueva ciudad, pero monumental, pues tenía por casas, templos, teatros y pórticos.

Agripa, tan hábil en los trabajos de la paz como en los de la guerra, construyó, según Suetonio, un número infinito de bellos edificios. Uno de ellos subsiste aún, el Panteón (Santa María Rotonda), que conserva estas palabras en su frontis:

M. AGRIPPA L. F. COS. TERTIUM FECIT

No estaba consagrado, como se ha creído, según el nombre que se le dió más tarde, á todas las divinidades del Olimpo. En su interior, enfrente de la entrada, se elevaba sin duda la estatua de Júpiter Vengador, que había perseguido en todos los asesinos del dictador la expiación del crimen. A la derecha y á la izquierda del dios de las venganzas y de la casa Julia, las divinidades y los héroes de la raza predestinada: Marte y Venus, Eneas y Yulo, Rómulo el fundador de la Roma patricia, y César, el fundador de la Roma imperial. Augusto rehusó figurar entre los inmortales, y discretamente puso su estatua afuera cerca de la entrada, poniendo al otro lado la de Agripa.

Llevado de su genio práctico á las empresas útiles, condujo Agripa á Roma, en el tiempo de su edilidad, el *Aqua Virgo*, fuente que una joven romana hubo de descubrir y la indicó á unos soldados romanos sedientos. Todavía

después de mil ochocientos años, da esta fuente á la mitad de Roma un agua límpida y fresca (*fontana de Trevi*). «Construyó también el *Diribitorium*, el edificio más vasto que haya existido jamás con un solo techo (1); restauró los antiguos canales; estableció 700 abrevaderos, 105 fontanas de salto, 130 depósitos ó receptáculos, 170 establecimientos balnearios públicos y gratuitos, y en estas construcciones colocó 300 estatuas y 400 columnas de mármol; todo esto en un año.»

A su muerte legó al príncipe 240 esclavos ingenieros que él había formado, y de los cuales se desprendió Augusto en favor del Estado para la conclusión y conservación de las obras de su gran ministro.

Augusto también se preciaba «de haber reparado los acueductos ruinosos y aumentado el volumen del *aqua Marcia*, derivando una nueva fuente del conducto que la llevaba á Roma.» Impidió por algún tiempo que el Tíber inundara, como lo hacía periódicamente, los barrios bajos de la ciudad, ampliando y ahondando su cauce obstruido y estrechado desde larga fecha por los edificios hundidos. Dando con sobrada razón mucha importancia á las desastrosas inundaciones del río, nombró una comisión especial para el cuidado del Tíber y de las cloacas, *curatores atvei et riparum Tiberis et cloacarum urbis*.

Para garantir á Roma del desorden y del juego, dividió la ciudad en catorce regiones y cada región en cierto número de cuarteles, confiando la vigilancia de las regiones á magistrados anuales, bajo la dirección superior del prefecto de la ciudad, y la vigilancia de los cuarteles á inspectores elegidos entre los mismos habitantes (*vicomagistri*).

Siete cohortes de vigilantes nocturnos, repartidos en siete puestos, una para cada dos regiones, se encargaron bajo la misma dirección del prefecto, de prevenir los incendios ó de apagarlos. Estos vigilantes, libertos todos (2), podían obtener, después de tres años de servicios, la *tessera frumentaria*, y con ella el pleno derecho de ciudadanía.

En cuanto á la policía diurna, la hacían las tres cohortes urbanas, á las cuales podían prestar ayuda los pretorianos en caso de necesidad.

Cuando Augusto daba en el Campo de Marte juegos á que asistía todo el pueblo, dejaba en la ciudad suficiente número de tropas que la guardaran, temiendo con razón que los ladrones saquearan las desiertas casas; precaución que dice lo bastante sobre el estado en que habían puesto á aquella sociedad veinte años de guerra civil.

El verdadero remedio contra la miseria es el trabajo del pobre y no la limosna del rico; pero sobre esto subsistían muchas preocupaciones y malos hábitos ya inveterados. La antigua Roma no había conocido más que una manera de enriquecerse, la guerra, y la nueva Roma, que quería tener siempre cerrado el templo de Jano, debía buscar otro medio de sustraerse á la miseria. Los emperadores de los últimos siglos creyeron haberlo encontrado organizando el trabajo en corporaciones hereditarias. Augusto vió más claro y se contentó con alentarlo. Buen número de industrias que los esclavos no habían invadido aún completamente y las

(1) Este edificio servía para el escrutinio de los votos, el pago de los sueldos y el reparto de las gratificaciones al pueblo (Dion, LV, 8).

(2) El año 23 dió 600 esclavos á los ediles curules para el servicio de incendios (Dion, LIV, 2); y el año 5 de J. C. organizó el cuerpo de vigilantes, que se reclutaron al principio entre las clases de origen servil; más tarde se tomaron indistintamente (Dion, LV, 26). Estos guardias nocturnos llevaban cada uno una campanilla para llamarse mutuamente (*Id.* LIV, 4). Todas las ciudades, á ejemplo de Roma, tuvieron esclavos públicos para la policía y los bajos oficios de la administración.

múltiples necesidades de una gran capital solicitaron á la plebe empeñándola en pedir al trabajo provechos que suplieran la insuficiencia de las distribuciones.

En efecto, las construcciones con que se había trasformado el aspecto de la ciudad, dieron desde luego ocupación á los proletarios, y los esfuerzos del príncipe para levantar de su postración á la agricultura devolvieron alguna vida por aquí y por allá á los campos. Finalmente el inmenso comercio que se hacía entre Roma y el mundo atrajo á logros legítimos á muchos de los que vivían del fraude y de la mendicidad de mucho tiempo atrás.

«Moderando, dice Suetonio, el exceso de las distribucio-



Un Augustal (3)

nes de trigo, concilió el interés del pueblo con los del colono y el negociante.»

Añádase que entrevió vagamente la idea moderna del crédito, cuando prestó capitales sin interés á quien podía responderle del doble (4).

Otro medio de suministrar brazos al comercio y á la agricultura fué la disminución de las huelgas forzosas suprimiendo treinta días feriados (5).

(3) Bella estatua de bronce, mayor del tamaño natural, encontrada en 1743 en las excavaciones de Resina, y ahora en el museo de Nápoles (Roux, *Herculano y Pompeya*, VI, 1.ª serie, p. 82). Una lámina de bronce tiene la inscripción siguiente:

L. MAMMIO MAXIMO AVGVSTALI MVNICIPES ET IN-COLE ÆRE CONLATO (A Lucio Mamio Máximo, augustal, los municipales y los residentes, á sus expensas).

(4) Suetonio, *Octav.* 41.

(5) *Ibid.* 32. No suprimió más que fiestas honorarias, es decir instituidas por los particulares; durante las demás, estaba prohibido tra-

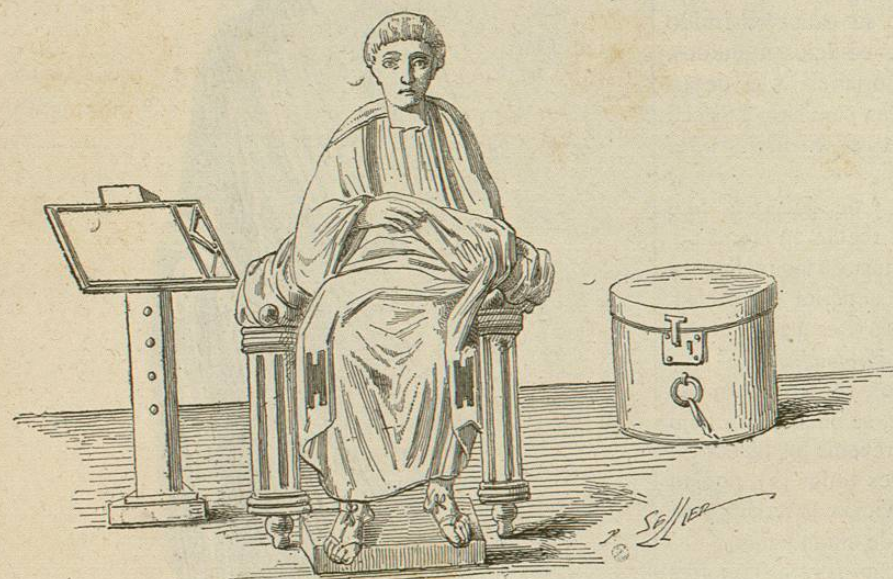
Sabido es cuánto ayudó á Augusto en estos trabajos Virgilio, el cual repitió en el más perfecto de sus poemas las palabras puestas en boca de Octavio desde la primera égloga:

Pascite, ut ante, boves, pueri; submitte tauros...

Sus *Geórgicas* son un magnífico elogio del trabajo agrícola. Horacio celebra también la nueva fecundidad de los campos, y para secundar al príncipe en esta obra, Varrón, á los ochenta años de edad, escribió los preceptos de la agricultura.

III. — REFORMA RELIGIOSA.

La sociedad romana estaba más tranquila: Augusto procuró hacerla más digna, y para utilizar después de tantas perturbaciones todos los elementos conservadores, se hizo



Virgilio (del manuscrito del Vaticano)

profesor de moral y religión. A este fin, encargó escribir colecciones de sentencias sacadas de los antiguos autores y las envió á los magistrados de las provincias. En el senado se leyeron de su orden discursos que se habían pronunciado en los tiempos del rigor de las costumbres, ó nuevas arengas de pura moral, y prohibió á los jueces entrar en la casa de un ciudadano, durante el año de sus funciones; disposiciones pueriles que nada remediaban. No se preció menos en su testamento de haber hecho revivir las costumbres antiguas. «Por medio de nuevas leyes, dice, puse otra vez en honor los ejemplos de nuestros mayores, desde larga fecha olvidados, y en mis edictos propuse la imitación de las antiguas virtudes.»

El reformador moralista quiso ser también un reformador religioso, á fin de robustecer en el ánimo del pueblo las creencias que él mismo no tenía. Tantos retos lanzados, durante un siglo, á la justicia del cielo, no habían devuelto su crédito á los habitantes del Olimpo. La confianza en los grandes dioses de los nobles, de los artistas y de los poetas, se iba sin remedio, pero quedaba en los de las gentes menores; y con sus leyendas, y su impuro cortejo de imposito-

bajar. Cuando el rey de los sacrificios y los flamines salían estos días, iban precedidos de heraldos, que encargaban al pueblo no violar la santidad del día haciendo obra de sus manos. El contraventor era castigado con una multa (Festo, s. v. *Præcia*, y Macrobio, *Saturni*, I, xvi.

res venidos de aquellas regiones de Oriente, donde los charlatanes religiosos, medio engañados, medio engañadores, pululan siempre, el paganismo romano continuaba siendo una potencia. Por más que diga Tito Livio que el mismo pueblo no cree ya en los prodigios de los dioses, y Propertio que las telarañas cubren los templos, que las plantas parásitas ocultan á los dioses abandonados, todavía se acercaba el pueblo á los altares, y sobre todo se ocupaba y preocupaba de los presagios. Las supuestas revelaciones de los auspicios y de los prodigios, las de los oráculos y las estrellas, convenían á aquellos hombres, á quienes una curiosidad insana impelía á preguntar cuál sería en el porvenir la voluntad de los dioses, en vez de obligar con su propia voluntad al porvenir á secundar designios preparados con prudencia y seguidos con valor.

Y luego, para ciertos espíritus, únicamente la religión daba cuenta de los fenómenos naturales, faltando aún toda ciencia seria, y sólo ella también respondía oscuramente á las preguntas que el hombre se hará siempre sobre su último fin, y el más escéptico, en medio de los placeres, sufría su influencia en cuanto veía el amago de un peligro. ¿No funda Horacio un sacrificio anual para dar gracias á los dioses por haberlo preservado de la caída de un árbol maldito? Así espiritualizada por los unos, para los otros grosera, pero mezclada con toda su existencia, la religión pagana se mantenía aún.

Fuera de esto, aquel pueblo se había dejado encadenar por multitud de ritos á un culto formado de prácticas exteriores, y rodeaba á sus dioses de aquella fastuosa devoción, que amaron los romanos de todos los tiempos. Los magistrados la alentaban por política, los eruditos por curiosidad, los filósofos por desdén al vulgo y los jurisconsultos por encontrar en ella una sanción para sus leyes.

César, que negaba la vida futura, había escrito un libro sobre los auspicios; Varrón, que no creía más que en el alma del mundo, contaba en una gran obra todas las historias del Olimpo, y Cicerón, tan piadoso en sus discursos públicos, tan elocuente en sus obyurgaciones divinas, se burla en sus libros de los dioses y de sus presagios y hasta de las famosas suertes de Preneste. «¿Qué magistrado, dice, qué hombre de buen sentido recurre á eso?»

Para estos grandes espíritus, la religión era una cosa útil, no una cosa necesaria, porque pensaban, como Sócrates, que había pocas relaciones entre la religión y la moral, y aun como Aristóteles, que estas dos concepciones de la inteligencia eran absolutamente independientes.

Augusto protegió la religión á título de utilidad. Aun antes de haber tomado el pontificado máximo, 18 a. de J. C. purificó sus fuentes con una elección de oráculos que corrían en el público, quemando más de dos mil volúmenes de predicciones en griego y en latín. Los libros sibilinos, único evangelio que los romanos conocieran, fueron sometidos á severa revisión y encerrados luego en dos cofres de oro, que se colocaron bajo la estatua de Apolo Palatino.

La cooptación hacía llegar á los colegios sacerdotales á hombres cuya vida contrastaba con sus funciones, y fué

sustituída por el nombramiento imperial. Reconstituyó el colegio de los hermanos Arvaes y se hizo jefe de ellos, como lo era ya de las demás corporaciones religiosas, y restableció muchas de las antiguas ceremonias. Para que nada estorbara este retroceso á lo pasado, rechazó las novedades y prohibió mirar al porvenir.

Los magos, muchas veces expulsados de Roma en tiempo de la república, habían vuelto á entrar y pululaban en ella, como sucede con toda profesión que especula con los vicios y con la necedad humana. Augusto les prohibió bajo pena de la vida predecir las cosas futuras, no siendo de ordinario estas predicciones favorables á la política del momento; y prohibió también practicar dentro del pomerio el culto egipcio y las ceremonias judías, dos religiones sobre las cuales no tenía ningún interés.

Honrábase con el título de fundador ó restaurador de los templos; hacía glorificar á los dioses por todos los que se le acercaban, y alistaba en esta cruzada hasta al poeta Ovidio, que escribiendo y todo los *Fastos* para celebrar el antiguo culto, se admiraba de haber llegado á esto, después de ha-



Druso, hijo de Livia (1)

ber cantado con tan espontáneo estro los amores fáciles (2). Finalmente, restableció antiguas ceremonias, con restricciones en otro tiempo inútiles en una sociedad naturalmente

(1) Bronce encontrado en el teatro de Herculano, en 1741. Esta bella estatua, de tamaño mayor que el natural, representa al hijo de Livia en traje de sacrificador, con el anillo augural. Está en el museo de Nápoles (*Bronces de Herculano*, p. 313).

(2) *Fastos*, II, 8:

... *Sacra cano.....*
Equis ad hæc illinc crederet esse viam?
Hæc mea militia est.

casta, necesarias ahora en un pueblo corrompido. Restauró los antiguos templos y erigió otros á los dioses benéficos y pacíficos: á Ceres, á la Concordia, á la Fortuna que atrae, á la Fortuna que salva, á Júpiter Libertas, que habría librado á Roma de la anarquía, á la Paz, diosa desde larga fecha abandonada, que mereció de él dos altares, á condición de convertir el mundo á su culto. Marte, convertido en el custodio de los juramentos, no debía combatir ya sino para castigar á los perjuros: era Marte vengador. Con esta transformación del dios homicida, quería hacer creer Augusto que la guerra, sufrida en adelante como una necesidad, sería no ya una apelación á la fuerza, sino á la justicia del cielo. Creía ó deseaba hacer creer que lo había protegido Apolo en la gran jornada de Accio, y le erigió en el Palatino un templo riquísimo, cuyas puertas tenían cinceladuras de marfil, y donde se presentaba el dios vengándose de sus enemigos (4). Una idea contraria valió también un templo á Júpiter Tonante, cuyo rayo hubo de rozar un día la litera del príncipe, dando muerte á un esclavo á su mismo lado.

Entre los antiguos dioses, los que eran los custodios del Estado y de la familia, Vesta y los Lares, fueron naturalmente más honrados; estos, sobre todo, divinidades domésticas y sencillas, caras al pueblo, cuya religión completa formaban. Júpiter, Apolo y Diana eran demasiado grandes, y por lo mismo, buenos sólo para los senadores y reservados á los que subían al Capitolio. A la pobre gente que no salía de sus barrios le convenían dioses de la esquina de la calle y del hogar, moneda mentida de la divinidad, personajes menos imponentes y de acceso más fácil, como el pueblo necesita siempre. Todos los días, el padre de familia rodeado de sus hijos y de sus esclavos, si los tenía, hacía ante los Lares la oración de la mañana; invocábalos otra vez antes de sentarse á su frugal mesa, y en medio de la comida, guardando un religioso silencio, arrojaba al hogar unos granos de sal y unas migajas de pan: esta sencilla ceremonia doméstica era la comunión con los dioses propicios (5).

Augusto restableció en las encrucijadas (*compita*) las

(3) HORATIVVS. Busto de Horacio. Detrás de la efie, grabada en hueco, una palma. Moneda de bronce, llamada *medallón contorneado*.

(4) No queda de este templo más que la descripción hecha por Propertio. En sus puertas de marfil estaban representados los galos precipitados del Parnaso por los devotos del dios y los niobides sucumbiendo bajo sus agudas flechas. Aneja á este templo había una biblioteca.

(5) Los Lares eran las almas de los muertos, que antes de las Doce Tablas se enterraban en las casas (Servio, *ad Æn.* VI, 152). De aquí el culto doméstico que se les daba. Con frecuencia, se asociaba su imagen á la de los Penates, que se representaron en los últimos tiempos danzando con el *rhylon* ó cuerno de beber en una mano y el plato de los alimentos en la otra, en expresión de la abundancia y alegría que mantenían en la casa. En el origen los Penates y los Lares diferían; los primeros no eran más que los guardianes del *penus*, es decir de las provisiones reservadas en la *cella penaria*. Esta *cella*, á donde no se podía entrar sino en estado de pureza, *castus* (Colum. *de Rust.* XII, 4), era el templo de los Penates: por altar tenían el hogar á donde se arrojaban las primicias de la comida. No había en cada casa más que uno de estos Lares; el número de los Penates, al contrario, está siempre en plural. En tiempo de Augusto no se distinguían ya, como tampoco se distinguían de los Lares los Genios.



Horacio (3)